

Vidas de novela

ES curioso cómo sigue manteniendo la ficción un prestigio que no se descascarilla, ni menos aún se oxida. A pesar lo mucho que se airea el posible ocaso de la novela, incluso su muerte, esta continúa viva con sus mudanzas y sus avatares. Cuántas veces ante una vida que nos cuentan, o ante unos hechos reales que nos narran –el verbo no está escogido al azar, lo utilizamos con naturalidad–, decimos «esto tiene una novela», «qué novela hay ahí». Fernando Castillo es un historiador profesional, si como tal consideramos a aquel que echa mano de los papeles que acumulan polvo en los archivos oficiales, en los que parece moverse como pez en el agua; tiene olfato literario para escribir estos libros –a los que me voy a referir en un instante–, estos ensayos difíciles de clasificar con vocación de narrador, sin que –eso sí– una metáfora, un adjetivo brillante, un exceso agobiantemente literario le haga olvidar esos papeles de archivo, donde todo está, aunque hay

que saber ver. Hay mucha bibliografía en su haber, en su buen hacer, y de lo más variado, desde textos medievales o especializados, pasando por una muy interesante aproximación a Hergé y, sobre todo, a su inolvidable Tintín –como en la pugna Beatles-Rolling, este lector es más de Tintín que de Asterix, por si es necesario posicionarse–. Fernando Castillo es un gran especialista en literatura española de los años veinte y treinta, esa Edad de Plata, para entendernos, y a la vez, siendo como es un afrancesado, ha puesto su atención desde hace tiempo –editado por Fórcola– en la Francia de la ocupación, en el período colaboracionista y, por tanto, es un gran admirador del reciente premio nobel francés Patrick Modiano, a quien le ha dedicado un excelente libro, un escritor obsesionado literariamente por dicho período colaboracionista, donde sitúa una y otra vez, incansablemente, sus novelas (los detractores de Modiano, entre los que no me encuentro, al contrario, soy un

obseso del escritor francés, consideran que Modiano siempre escribe el mismo libro, y no es así). Pues bien, en 2012, Castillo publica en este sello editorial un libro *Noche y niebla en el París ocupado. Traficantes, espías y mercado negro*, donde ya aparecía una serie de personajes, entre ellos, el español César González-Ruano (aquello de París, la detención de la Gestapo, la prisión de Cherche-Midi), André Gabison, un *collabo* de origen judío que viviría muchos años en Madrid, amparado en esa buena disposición franquista, y, entre otros, el padre de Modiano, también de oscuro y negro (de mercado) pasado –uno de los temas obsesivos de Modiano, hijo–, todos ellos de vidas azarosas y, por tanto, novelescas (y no me olvido tampoco de la madre del escritor, una actriz belga de vida llena de claroscuros. En fin, pero debo seguir con Castillo, por más que –me consta– Modiano es uno de sus temas predilectos. Autor, Castillo, de un libro, *Los años de Madridgrado* (2016), que recogía el ambiente cultural, de «hunos y hotros» (es un tópico ya echar mano de la frase del siempre unipersonal Unamuno, pero bueno, hace al caso), en ese Madrid que pronto iba a oler a pólvora, que es precisamente el tema del libro que nos ocupa, *La extraña retaguardia. Personajes de una ciudad oscura. Madrid 1936-1943*. Aquí ya Fernando Castillo se hace uno y trino, es historiador (sin perderse entre los pirineos de papeles archivados), es ensayista literario (no patina, no desbarra ni una vez: es consciente de las vidas

que está exhumando y cuánta carga literaria tienen esas peripecias vitales, cuánta literatura hay ahí) y es también autor de una novela familiar, esta, que –quizás– se debía a sí mismo; ahora explico esto último. Pero antes, quisiera hacer hincapié en ese bestiario final que aparece –todo un acierto editorial– con sus personajes principales y sus personajes invitados –para salivar como lector yo recomendaría leerlo antes–, y que, a mi modo de ver, es una suerte de *tráiler* colectivo, donde hay de todo, héroes (los menos), canallas, quintacolumnistas, chaqueteros, delatores, espías..., todo un Madrid revuelto, una extraña retaguardia, sí, pero donde conviven (y también mueren) todos ellos revueltos en una especie de olla podrida, pues si toda guerra civil lo es, más aún, más podrida, es siempre una retaguardia donde afloran las peores maneras de ser de cada persona, puesta en el disparadero de ser héroe o canalla. Ahí arriba había quedado insinuado lo de novela familiar, y a esto quiero referirme. En el bestiario, en personajes principales, hay uno, al que le dedica el autor pocas líneas (su papel no puede compararse a un Alberto Castilla, a un López de Letona, a un Elviro Ferret, a un Vázquez Baldominos, todas ellas vidas novelescas); me refiero al que el autor tan solo le pone unas iniciales, F.L.H., un madrileño al que le tocó estar, y no por conveniencia, en las dos retaguardias, la republicana y la quintacolumnista, un personaje especial, como los ojos de esa niña A., que

asiste a la cotidianidad de esa misma retaguardia. Ese F.L.H., esa A. son los padres de Castillo. Su inclusión no es gratuita. Humaniza un relato atroz, esa represión, esos bombardeos, ese trajín de embajadas con derecho (real o fingido) de asilo, ese ir y venir de canallas, esa novela de extra-

viados, esa especie de *quest* colectiva, ese Madrid en llamas. Extraordinario ensayo o novela, o lo que sea, este libro de Castillo. –JAVIER GOÑI.

Fernando Castillo, *La extraña retaguardia. Personajes de una ciudad oscura. Madrid 1936-1943*, Madrid, Fórcola, 2018.